Homenaje y despedida provisional a Juan Octavio Prenz

DANIEL-HENRI PAGEAUX

El no poder estar presente en este acto de homenaje a Juan Octavio Prenz es para mí una pena doble, un doble pesar. Al hondo sentimiento de tristeza que me embarga, se suma una extraña sensación de absurda culpabilidad, al pensar que no voy a acompañar personal y debidamente a un amigo para una última despedida.

En este momento se presentan en mi mente, en mi ánimo, sin que pueda reprimirlos, gratos recuerdos, un sinfín de instantes de dulce *farniente* que íbamos compartiendo por las calles del viejo Trieste, después de las clases que impartía yo (o él) en una de las salas de la Facoltà, en Via del Lazzaretto Vecchio. Eran caminatas al azar, andanzas que Juan Octavio llenaba, a modo de contrapunto discreto y amable, de alusiones divertidas, jocosas, raras veces melancólicas, pero las hubo, hasta el momento en que decidíamos entrar en un bar a tomar un *espresso* o un *bicchiere di bianco* o volver a su casa para una velada en la que su esposa se ponía a tocar la guitarra.

Comentábamos lo que nos parecía digno de atención en este mundo ancho y no tan ajeno. Juan Octavio me preguntaba atentamente por mis trabajos, mis lecturas, mis proyectos, mientras yo me empeñaba en enterarme de los suyos, de lo que estaba escribiendo, imaginando, elaborando, pero surgía muy pronto algún chiste de su cosecha: imposible olvidar aquellos momentos de amistad, espontánea y profunda a la vez.

Una amistad que había empezado en 1980, con motivo de un coloquio internacional que había organizado yo, con la ayuda eficaz de un colega uruguayo que hacía de secretario en nuestro centro de investigación, sobre el tema del cuento latinoamericano, durante tres días, desde el viernes 9 de mayo hasta el 12. Habíamos conseguido varios anfiteatros, entre los más solemnes y cargados de doradas decoraciones. Y el primer día, el viernes por la tarde, después de los discursos de bienvenida de la mañana y algunas conferencias, presidí una primera sesión en la que intervino Juan Octavio con una ponencia que versaba sobre *Viejo y nuevo en el cuento latinoamericano*, justo antes de otro conferenciante, recién llegado de Jujuy, para hablarnos del cuento indígena.

Así empezó para nosotros una serie de encuentros, por ejemplo, las jornadas de trabajo que nuestro centro organizó en mayo del 1986 dedicadas al relato corto pero también a la *short story,* a la *nouvelle* y al *conto* en lengua portuguesa. Presentó Juan Octavio una densa ponencia, bajo un título, modesto y ambicioso a la vez: *Apuntes para una tipología del cuento hispanoamericano* sobre la que he de volver más tarde.

En diciembre de 1987, con motivo de otro congreso internacional en torno al diálogo entre Francia y Uruguay, Juan Octavio formó parte de nuestro comité de honor y presidió una sesión dedicada a Juan Carlos Onetti. Pero ya habían empezado mis seminarios anuales en Trieste y tercia aquí la sombra de una amiga común, la Profesora Giovanna Trisolini, la directora, entre otras cosas, de la revista *Letteratura di frontera*, incansable organizadora de coloquios, con la que, cada día, solíamos compartir unos bocadillos en la tasca más cercana a la Facoltà. Fueron otros encuentros menos académicos, pero entrañables y divertidos.

Va corriendo el tiempo, pero me es grato recordar otro coloquio en Las Palmas de Gran Canaria, en homenaje al quinto centenario del descubrimiento de América. Fue para mí una inesperada ocasión de invitar no a colegas, sino a amigos. Durante casi una semana, confieso que lo pasamos muy bien y, al lado de una intervención sobre los viajeros, exiliados e inmigrantes italianos en América, en la Argentina mejor dicho, Juan Octavio reveló a los participantes sus dotes de bailador de tango.

Otro centenario, el cuarto de la salida de la primera parte del *Quijote*, en 2005, nos proporcionó la ocasión de encontrarnos en la Universidad de Ljubljana en la que trabajaban amigos comunes. Mientras Ana Cecilia Prenz hablaba del teatro argentino en relación o paralelo con el teatro cervantino, ensartaba yo varios comentarios sobre eventos en honor al ingenioso hidalgo. Por su parte, Juan Octavio volvió sobre el famoso

prólogo de la primera parte, enfocado como «un manual moderno para jóvenes escritores», entre los que reconocimos por supuesto al siempre joven Juan Octavio Prenz.

Se atrevió también a proponer como tema de reflexión lo que llamaba, entre comillas, seamos justos, la «cocina del escritor», evocando también, con leve nostalgia, las lecturas «inocentes», las que – precisaba – «hicimos antes de la escuela y de la crítica que nos llenaron de informaciones, útiles y enriquecedoras por supuesto, pero ya no inocentes». Y con esta contribución vamos descubriendo sin mucho esfuerzo que, al amparo del velo no tan neutro de los ritos universitarios y académicos, Juan Octavio hablaba de sus propias experiencias de escritor o de lector, transformando momentos de su reflexión en voz alta para volver sobre temas personales, y esta actitud intelectual explica, sea dicho de paso, parte de nuestra mutua y larga estima.

Por esta senda por la que caminan juntos los recuerdos y algunas propuestas críticas que voy espigando en ponencias presentadas por Juan Octavio, se me antoja agrupar los posibles elementos de una poética según Juan Octavio Prenz, ignorando desde luego la sonrisa que despertaría semejante palabra en su mirada.

Ante todo, a mi modo de ver, cabe mencionar la brevedad como ideal de escritura. No se trata de una afición cualquiera, sino de lo que me parece imponerse como culto y pauta personal e íntima. En la ponencia casi programática de 1986, aduce Juan Octavio la idea de un cuento en el que, merced a la frontera imprecisa entre prosa y verso, puede rastrearse elementos de naturaleza llamada por él «epigramática». Le encanta el modelo paradigmático del cuento que compite con la mayor brevedad posible, hasta lo abstruso, como el celebérrimo cuento del guatemalteco Augusto Monterroso que voy a citar *in extenso*: «Cuando despertó, el dinosaurio estaba todavía allí». Fin de cita… Recordemos así mismo otro cuento *Fecundidad* porque pone en escena a un escritor cualquiera con distancia irónica: «Hoy me siento bien, un Balzac / estoy terminando esta línea». Más inquietante, rayando en lo fantástico – otra fascinación de Juan Octavio – el ejemplo que nos da el salvadoreño René Velasco: «Entonces la sombra sintió pavor al advertir que estaba sola».

Ahora bien: ¿Cómo semejante atracción hacia el texto breve puede compaginarse con las novelas que llevó a cabo Juan Octavio? Sencillamente porque tanto *Fábula de Inocencio Honesto, el degollado*[1] como *El Señor*

[1] J. O. Prenz, *Fábula de Inocencio Honesto, el degollado*, Concepción, Chile, LAR, 1990.

Kreck[2] o *Solo los árboles tienen raíces*[3] se presentan como asombrosos montajes de capítulos que son otros tantos fragmentos, momentos, episodios que se bastan muy a menudo a sí mismos. Cuenta Juan Octavio una acción, un argumento que va complicándose, pero lo importante es lo que se calla, lo que está, para mentar a Virginia Woolf, «between the acts». Y no puedo olvidar el estilo, el modo de hablar del Señor Kreck, soltando de vez en cuando una «frase lapidaria»[4], palabra clave, o su afición al silencio que comparte con un tal Justo Molina, en *Habladurías del Nuevo Mundo*, que reivindica «el magisterio del silencio»[5].

Ya que acabo de citar uno de sus primeros poemarios, recordemos que los poemas recogidos en estas *Habladurías* componen una crónica de las Indias, una clase de fresco con escenas de la historia del continente, con retratos totalmente reinventados, como los de Cabeza de Vaca o Juan de Garay, con siluetas como la de su propio padre que emigra en el '28, viniendo de Istria, o de él mismo cuando chaval. Son pues cuentos diminutos, en prosa poética, textos que por lo tanto borran todo tipo de frontera entre géneros y estilos. El final del poema que ostenta la famosa agudeza para sorprender al lector – lo mismo que en un soneto – se parece también al final del cuento según Horacio Quiroga, tal como ha de ser en su famoso *Decálogo*: una «flecha apuntada cuidadosamente». Y cito el poema cuyo título es *Descubrimiento* que termina con el fatídico verso, «empezó la lucha»[6]. Y un tal Kenandé quien fue el primero en introducir la risa entre sus discípulos murió atravesado por una lanza por orden del cacique Pehuancó. Enseñar a reír puede ser peligroso…

La risa tiene sus héroes y sus mártires, pero a Juan Octavio le ha tocado elogiarla. La comicidad, el humorismo es otro rasgo esencial, vivencial, de su mundo poético tal como lo va desarrollando en otro poemario, *Cortar por lo sano*[7]. Semejante proyecto, por parte de un hombre tan jovial y ameno, podrá sorprender, pero solo hemos de fijarnos en «lo sano» que rescata este peregrino poeta. En cuanto a lo de «cortar» es precisamente

---

[2] J. O. Prenz, *El señor Kreck*, Madrid, Losada, 2006.

[3] J. O. Prenz, *Solo los árboles tienen raíces*, Buenos Aires, Nuevo hacer – Grupo editor latinoamericano, 2013.

[4] *El señor Kreck*, cit., p. 37.

[5] J. O. Prenz, *Habladurías del Nuevo Mundo*, Madrid, Ed. Rialp, Colección Adonais, 1986, p. 48.

[6] Ivi, p. 20.

[7] J. O. Prenz, *Cortar por lo sano*, Buenos Aires, Ed. Tierra Firme, 1987.

para preservar lo que él considera como sano, esencial, valorado en un solo verso, al final, a modo de cierre.

Valga como ejemplo el poema que lleva como título, evidentemente irónico, *Manual de retórica*[8]. Punto de arranque: una constatación expresada con lucidez o después de un necesario desengaño: «Durante siglos por inhabilidad o inercia / hemos gastado más palabras de las necesarias» (otra vez, por entre estos dos versos, el ideal de una parquedad lexical…). Segundo tiempo: la profecía en clave paródica: «Un poco más y el computer salvador se ocupará / de rimas asonancias ritmos y de tanto palabrerío inútil». Tercer y último momento en el que se saca el cuchillo que va a cortar por lo sano: «Habrá llegado la hora de decir algo».

Quien asienta semejante propuesta es hombre de pocas palabras, como lo es el personaje llamado El Señor Kreck, pero también el humorista y moralista a su modo, como lo era el Señor Prenz. Quien confiesa haber fabricado, montado, un «pequeño monstruo/ con restos sanos de hombres moribundos», o sea un «curioso prodigio que me sobrevivirá» (símbolo irrisorio de cualquier creación humana en un poema que se llama *El día sexto*), pronostica, sin embargo, con lucidez y auto-ironía, que «otros se ocuparán de él cuando yo / desaparezca»[9]. Y como para ejemplificar la vanidad de cualquier quehacer poético, no puede sino constatar que, si la rosa ha sido cantada y tal vez demasiado, «la verdadera rosa prescinde del poema».

Así se presenta todavía vivo, en nuestra memoria, Juan Octavio Prenz, el poeta, entre lúcido y burlón, entre locuaz y silencioso, callado, entre festivo y desengañado. Maticemos: la escritura de Juan Octavio, entre prosa y verso, ostenta una rara mezcla o fusión de comicidad y de emoción controlada, ajena a todo tipo de efectismo.

Volviendo de nuevo a hojear, casi al azar, los libros de Juan Octavio, me parece haber oído un curioso eco entre el poema que abre *Habladurías del nuevo mundo* que lleva como título *Raíces*[10] y el título de su última novela, en la versión italiana de Betina Lilián Prenz, *Solo gli alberi hanno radici*: por un lado «raíces», por otro «radici», remitiendo ambos términos a la cuestión debatida de la identidad. Eso sería – lo habéis adivinado – el tercer y último rasgo o eje temático que va perfilándose – creo yo – en la obra de Juan Octavio. Una identidad que, por supuesto, no remite a

[8] Ivi, p. 64.

[9] Ivi, p. 31.

[10] *Habladurías del Nuevo Mundo*, cit., p. 7

cualquier esencia o definición esencialista, sino que se va formando, cual un proceso complejo, a lo largo de la vida del ser humano.

Las «raíces» del poema aluden a un hecho histórico, cultural: el legado lingüístico. Así comienza el poema: «Hablamos una lengua que alguien nos ha traído». Este «alguien», prosigue el poema, es «dador o invasor». Pero resulta que los que han recibido este don, la lengua, entre otros «objetos impuestos», se convierten a su vez en «dadores», palabra que cierra el poema. Lo cierra y también lo abre. En la visión que el poeta restituye de la «conquista» del «nuevo mundo», si los vencedores son dadores, no hay vencidos, ya que pasan a ser otros dadores, en un continuo y generoso proceso de intercambio. Esa es la visión del poeta, esa es la razón de ser de su poesía.

Pero cuando el poeta vuelve a ser sencillamente un profesor impartiendo una ponencia, ¿qué dice? En la comunicación presentada en Las Palmas sobre «viajeros, exiliados, inmigrantes», recuerda la dura ley de la historia: «Los vencedores son los dueños de la historia; a los vencidos les queda solo el relato, la historia literaria». Y entonces es cuando surge, como si fuera un poema, la agudeza final: «Suelen ser más interesantes».

En *Raíces*, no ha Juan Octavio reescrito la historia del Nuevo Mundo, ni siquiera puede hablarse de un alegato idealista: el poema tiene como propósito poético y también ético, el proponer una historia alternativa, posible, paralela, que no ignora lo que ha acontecido, pero que apuesta por otro proceso, iba a decir otro desenlace (la lengua no conoce a vencedores ni a vencidos) que honra y enaltece al hombre.

El hijo del emigrante venido de Istria no puede obviamente parecerse a un árbol con raíces bien plantadas; el hijo de un padre políglota, casi por necesidad, no tiene raíces. Solo conoce lugares y lenguas que corresponden a momentos y circunstancias de su vida. Puede seguir fiel al lugar nativo, como lo sugiere atinadamente Claudio Magris en su prefacio a *Solo gli alberi hanno radici*: Ensenada de Baragán y su «cimitero di barche e di polene» pueden explicar lo que se llama vocación: «Forse Juan Octavio Prenz è diventato poeta guardando, nella sua infanzia…» Pero si intentamos entender cuáles son las posibles raíces del hombre Juan Octavio Prenz, hace falta invocar también buena parte de la ex Yugoslavia en la que vivió con su familia, en la que escribió con otra lengua que el español, siendo por lo tanto un raro escritor fronterizo, por no hablar del oficio de traductor que fue el suyo, de intermediario, o mediador entre lenguas y culturas diferentes.

Con estas experiencias vivenciales y poéticas diversas, es evidente que, para Juan Octavio, la cuestión de "la" identidad no podía plantearse de modo sencillo y unívoco. Muy significativa ha sido su afición al cuento, como lo hemos visto; pero vale la pena recordar que el cuento, para Juan Octavio, es un género "impuro", palabra suya, son textos híbridos en los que todo tipo de frontera, de línea divisoria se borra, se esfuma, viva imagen de un hombre que ha cruzado los mares y las fronteras para superarlas.

Juan Octavio, al volver a vivir, a escribir, muy cerca de la tierra de sus antepasados, ha cumplido con un portentoso «viaje a la semilla». En su caso, la semilla ha sido fecunda, fructífera, como para dar la razón a este poema náhuatl que cita Carpentier en su *Consagración de la primavera*, precisamente para rebatir cualquier idea simplista de raíz y cito: «¿Habré de ser otra vez sembrado?». Esa es una cuestión existencial que puede también iluminar el transcurso de Juan Octavio por este mundo.

Pero hay otra pregunta que él ha formulado, tan fundamental como ésta, y sobre la que quiero concluir. Es en realidad un poema que integra la *Antología poética* editada por el Fondo nacional de las Artes[11] y tiene como título, evidentemente humorístico, *Decisiones mínimas*. Son tres:

Transplantaremos branquías a los hombres
¿Para qué río o mar?

Les pondremos alas
¿Para qué cielos?

Llegaremos a eliminar la muerte
¿Para qué vida?

Querido amigo Juan Octavio, me atrevo a decirte que, con estas pocas palabras mías, he intentado, valiéndome de algunos destellos rescatados de la obra tuya, contestar a tu pregunta «para qué vida». La respuesta, tal vez insensata y descomedida, es: para que un ser viviente pueda, durante algunos momentos, eliminar tu muerte.

[11] J. O. Prenz, *Antología poética*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1996, p. 36.